

algar



COLECCIÓN
CALCETÍN

La huida hacia la libertad

Rüdiger
Bertram

Dibujos de
Heribert
Schulmeyer



Tras la toma de poder de Hitler en 1933, los nazis declararon enemigos del pueblo a muchos escritores. En realidad, no eran enemigos del pueblo, sino de los propios nazis.



Sus libros fueron quemados, y muchos huyeron al extranjero.



La mayoría de estas mujeres y hombres fueron a París, donde aguardaban a ver el desarrollo de los acontecimientos de su país.



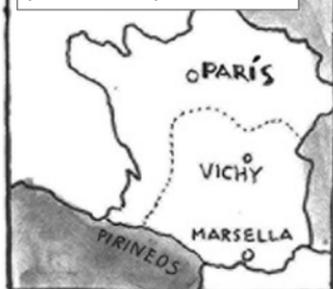
En 1940 el Ejército de Hitler invadió Francia. Los refugiados alemanes, de inmediato, pasaron a ser enemigos y se les recluyó en campos de internamiento.



Cuando el Ejército alemán ocupó París, se cerraron los campos de internamiento y los prisioneros escaparon rumbo al Mediterráneo.



Al poco tiempo, un alto el fuego dividió Francia en dos zonas: una al norte, ocupada por los alemanes, y otra no ocupada, al sur.



Los nazis, oficialmente, no podían hacer nada en el sur. Extraoficialmente, la policía secreta de Hitler estaba allí presente.



Los refugiados se reunían en los cafés del puerto de Marsella mientras esperaban los papeles necesarios para huir a Estados Unidos o Sudamérica.

Fueron miles los que llegaron allí. Rolf y su padre eran dos de ellos.





Marsella, 1941

«Lo mejor de Marsella es el mar», pensó Rolf. París no tenía mar y, sin lugar a dudas, eso había supuesto una mejora megaimportante. París solo le ofrecía el Sena, un río apestoso en el que Rolf no habría sumergido el dedo meñique del pie ni por un millón. Antes, cuando vivía en Berlín, solía ir con sus padres al lago Wannsee. Por aquel entonces, ese lago a las afueras de la ciudad se le antojaba enorme, y, después de haber visto el mar en Marsella, le parecía minúsculo.

Rolf y su padre, Ludwig, caminaron un cuarto de hora cuesta abajo desde el hotel hasta el puerto y después recorrieron el trecho de siempre hasta llegar a la playa que los franceses llamaban Anse des Catalans. A la izquierda limitaba con la antiquísima torre de una fortaleza, y en medio del mar, justo delante de ellos, había un delgado dique de piedras amontonadas. Una vez Rolf intentó nadar hasta allí, pero se rindió después

de haber llegado a la mitad, pues estaba mucho más lejos de lo que creía.

Él y su padre tuvieron que bajar unos cuantos escalones desgastados para llegar a la playa desde la calle. Junto a la escalera había unos vestuarios de colores en los que se pusieron el traje de baño. Adi, el fox terrier blanco de Rolf, se quedó delante de la puerta esperando impaciente a que su dueño saliera afuera.

Un par de señoras mayores estaban sentadas en sus tumbonas observando el mar mientras charlaban. Rolf no alcanzó a ver ningún nadador en el agua y justo eso era lo que más le gustaba: él y su padre tenían el Mediterráneo entero para ellos.

Rolf y Ludwig extendieron las toallas sobre la arena y corrieron a bañarse. Adi fue tras ellos dando saltos, pero se paró justo en la línea donde empezaba el agua. Padre e hijo siguieron corriendo en contra de las olas. Era primavera; el viento, cálido, y el agua, glacial solo los primeros segundos.

—¡Vamos, papá! Si te lanzas no es tan horrible. —Rolf ya se había metido en el agua hasta el pecho, mientras que a su padre el agua le llegaba justo a las rodillas.

—¡Qué mentiroso! —Ludwig, tiritando, entrelazó los brazos alrededor de su gran barriga—. No me extrañaría nada que en este preciso instante apareciera un iceberg flotando.

–Y yo que siempre había creído que la grasa daba calor –vociferó Rolf esbozando una sonrisa.

–¡Verás cuando te pille! –Ludwig avanzó un par de pasos hacia su hijo y se detuvo de nuevo cuando el agua le llegó hasta los muslos.

–¡Ten cuidado! ¡Yo te ayudo! –Rolf golpeó con la palma de la mano una ola que empezaba a formarse. El agua salpicó hasta donde estaba su padre y este dio un grito. Después corrió hacia Rolf riéndose. Adi recorría la orilla ladrando de un lado a otro mientras ellos luchaban entre sí. De repente, Rolf se escapó de las manos de su padre y desapareció bajo la siguiente ola.

Ludwig volvió la cabeza buscándolo, pero no pudo encontrar a su hijo por ninguna parte. Preocupado, se giró en círculo y gritó:

–¿Dónde estás? No me hace ninguna gracia.

Rolf buceaba alrededor de su padre a una distancia más lejana y saltó sobre su espalda. Ludwig lo intentó, pero no logró librarse de su hijo. Rolf rodeaba con los brazos el cuello de su padre y lo soltó cuando Ludwig perdió el equilibrio y ambos se hundieron dando gritos en el agua.

A Rolf le encantaba retozar con su padre en el mar. En Europa reinaba la guerra. A diario moría gente y cada vez más personas salían huyendo. Pero en ese instante, ahí, en el mar, podía olvidarse por un momento de todo aquello.

Cuando los dos se arrastraron agotados hasta la orilla, las señoras habían desaparecido junto con sus tumbonas. Adi los esperaba ansioso, saltando agitado junto a su dueño mientras Rolf y Ludwig se secaban con la toalla. Después se quitaron el traje de baño en los vestuarios y, todavía con el pelo húmedo, caminaron de vuelta al Puerto Viejo.

Ludwig hablaba francés y en París Rolf había aprendido de oídas lo suficiente para hacerse entender en esa lengua extranjera. Lo que no sabía era inglés, pero lo necesitaría pronto cuando viajaran en barco de Lisboa a Nueva York. Su padre aprovechaba los paseos para enseñar a Rolf lo poco que, más mal que bien, sabía chapurrear.

–Repíteme conmigo –indicó Ludwig a su hijo–. *Good-morning*.

–*Good morning* –murmuró Rolf aburrido–. Todo eso ya lo hemos visto.

–Solo repasamos un poco. Di *tankyu*.

–¿Por qué tengo que darte las gracias? ¿Por tener que estar estudiando a pesar del buen tiempo que hace?

–Muy gracioso –replicó Ludwig–. Venga, repíteme lo que yo diga. Quieres hablar con mamá cuando la volvamos a ver, ¿verdad?

–¿Crees que ha olvidado el alemán? –preguntó Rolf preocupado.

—Claro que no —lo tranquilizó Ludwig—. Pero cuando estemos juntos en Estados Unidos deberíamos hablar también inglés.

—Mamá tampoco sabía inglés cuando se marchó.

—Es bailarina y para ella el idioma no es tan importante. En mi caso es diferente; yo soy periodista, tengo que escribir, y si lo hago en alemán, en Estados Unidos nadie podrá leer lo que escribo. Tú deberías aprender también. Allí querrás tener amigos, ¿verdad?

—¿Crees que mamá está bien?

—Claro que está bien. ¿Qué te piensas?

—Entonces, ¿por qué no escribe?

—Que no nos lleguen aquí sus cartas no quiere decir que no escriba. —Ludwig extendió el brazo sobre el hombro de su hijo—. Ya conoces la situación.

Rolf asintió. Por supuesto que conocía la situación.

—¿Qué hacemos ahora, papi? —preguntó Rolf cuando llegaron al puerto.

—Lo que hacemos siempre —respondió Ludwig—. Vamos al café.

—Pero allí solo habláis y habláis y habláis. Es mega-aburrido. ¿Me comprarás al menos un cruasán? —preguntó Rolf.

—Si tienen cruasanes y si no son muy caros... —respondió Ludwig mientras contaba con discreción las

monedas que le quedaban en el bolsillo de la chaqueta—. Ayer no tenían.

—Y anteayer tampoco —señaló Rolf—. Y antes de anteayer tampoco.

Rolf se puso a pensar en la última vez que pidió un cruasán en el café y tenían. Estaba tan sumido en sus pensamientos que no se percató de la presencia de un hombre que venía de frente por la calle portuaria. Llevaba un traje gris bastante desgastado. La mayoría de las mujeres y hombres que se sentaban en los cafés de Marsella en la zona del puerto habían comprado sus camisas, chaquetas y pantalones en Berlín o en París. Ese era el caso del traje azul marino de su padre, y lo mismo se podía observar en el pantalón y la chaqueta de aquel hombre.

—¿Ludwig? ¿Eres tú? —El extraño se paró delante del padre de Rolf.

—¿Hans? ¡Hans! —exclamó Ludwig y abrazó al hombre mientras reía. Después se giró hacia Rolf—: Este es Hans, un compañero de Berlín. Escribíamos para los mismos periódicos.

—¿Es tu hijo? —preguntó Hans señalando a Rolf—. La última vez que lo vi en Berlín no sabía ni andar. Era así de pequeño.

Hans colocó la mano a un metro escaso del suelo. Rolf forzó una sonrisa porque aquello no era verdad. Tenía siete años cuando, hace cinco, huyeron de Alemania y, por supuesto, en aquel entonces ya sabía andar.

Rolf observó cómo los pescadores descargaban las redes de sus barcos. No era la primera vez que su padre se topaba con viejos conocidos a lo largo de la huida y seguro que no sería la última, pues no había tantos caminos entre Europa y Estados Unidos. Era lógico toparse con algún conocido; al menos, eso lo sabía Rolf, era posible para aquellos que hubieran conseguido escapar de Alemania a tiempo.

Los hombres se abrazaron una segunda vez y se miraron el uno al otro durante algún tiempo.

—Ya me había temido que te hubieras... —Ludwig no acabó la frase.

—¡Qué dices! Mala hierba nunca muere. Llegué ayer —replicó Hans—. ¿Y qué haces tú por aquí?

—¡De vacaciones! —rio Ludwig al ver la cara de perplejidad de Hans—. No, hombre. Hago lo mismo que todos; intento reunir los papeles necesarios para llegar con Rolf a Estados Unidos.

—¿Marsella es peligrosa?

—No más que cualquier otro sitio. No obstante, en los últimos días se asoman por aquí cada vez más gatos pardos. —El padre de Rolf señaló con la barbilla un coche negro que recorría la calle portuaria. En el asiento trasero iba sentado un hombre con uniforme alemán. El coche pasó tan cerca que Ludwig y Hans pudieron distinguir las esvásticas de su chaqueta. Se apartaron con rapidez para que el hombre del coche no pudiera verles la cara.

—¿En serio? ¿Dónde están los gatos? —preguntó Rolf con curiosidad.

Ludwig despeinó a su hijo para tranquilizarlo y a la vez intercambió una mirada de preocupación con Hans.

—¿No has visto a los que están en el puerto? Están siempre sentados junto a los barcos pesqueros esperando un par de sardinas —dijo Ludwig.

—¡Ah! ¡A esos te refieres! —contestó Rolf, y buscó con la mirada a Adi, que no podía soportar a los gatos y ya había cazado más de uno por la zona del puerto.

—Y los ratones también son cada vez más. Vienen de todas partes. Y si los ratones tienen mal los papeles o no los tienen, acaban rápido en una ratonera. Los gatos franceses colaboran con los alemanes, aunque oficialmente no lo admitan. Trabajan codo con codo —dijo Ludwig en voz baja, casi susurrando. Después preguntó en voz alta—: ¿Desde cuándo estás en Marsella?

—Llegué ayer mismo. ¿Dónde está Katja? ¿Está también aquí? —quiso saber Hans.

—No, Katja estuvo con nosotros en París y desde allí se fue a Nueva York. Quería adelantarse para tenernos todo preparado y volver a buscarnos después, pero entonces, para nuestra desgracia, el señor Hitler desbarató un poquito nuestros planes de viaje. Ya teníamos hechas las maletas y en ese momento entró con sus soldados en Francia. Por eso tuvimos que hacer unas pequeñitas modificaciones en nuestros planes —replicó Ludwig.

Al advertir el nombre de su madre, Rolf aguzó de nuevo el oído, pero solo un poco, porque ya había escuchado demasiadas veces la historia. Además, había descubierto a Adi. El terrier estaba olisqueando un calamar muerto que un pescador había arrojado desde su barco al muro del muelle. El francés ya había lanzado una mirada de advertencia a Adi, y Rolf sabía que el hombre no dudaría en mandar al perro al agua de una patada si no lo sacaba de allí de inmediato.

—¡Deja eso, Adi! ¡Ven aquí ahora mismo! —gritó Rolf.

El terrier se sobresaltó, se apartó del calamar y regresó corriendo hacia su amo.

—¿Tu perro se llama Adi? —preguntó Hans asombrado—. ¿Como la forma abreviada de Adolf? ¿Adolf Hitler? ¡No te parece un poco... inapropiado?!

—¿Por qué? —preguntó Rolf a su vez mientras se arrodillaba en el suelo junto a su terrier—. ¡Siéntate sobre las patas traseras, Adi! ¡Venga! ¡Vamos!

Adi se sentó sobre sus patas traseras y con las delanteras pataleó en el aire. Rolf tomó su pata derecha y le dio un apretón alabándolo.

—¡Muy bien, Adi! —celebró Rolf—. Y ahora hazte el muerto.

El terrier se tumbó a un lado y estiró las cuatro patas. Se quedó inmóvil, tumbado en el suelo.

—¡Si fuera así de fácil con el auténtico Adolf! ¿Fue idea tuya? —preguntó Hans riéndose.

–No. Adi es de mi madre –contestó Rolf.

–Katja lo ha dejado aquí para que Rolf tenga algo que acariciar mientras ella no está. Rolf le ha enseñado un par de acrobacias y ha prometido devolverle a Adi en Nueva York –explicó Ludwig.

–Y voy a cumplir mi promesa –afirmó Rolf con solemnidad.

Dio una palmadita a Adi. El fox terrier blanco saltó al instante, se puso de nuevo en pie y comenzó a ladrar alto como si quisiera explicar a todos los presentes que tan solo había fingido estar muerto.